

humano, finalmente, como las frutas, tiene en sus huesos la semilla que se reproducirá, como se expresa en la creación del hombre por Quetzalcóatl; y esta misma deidad expresará en su manifestación venusina, como el maíz al sembrarse, un periodo de ausencia luego del cual renacerá, anticipando el camino del sol.

Como podemos reconocerlo ahora, a partir de las investigaciones etnográficas contemporáneas, el trabajo agrícola de tradición mesoamericana en torno al maíz está profundamente entramado con diversas secuencias rituales. En primer lugar la concepción dualista del tiempo tiene como referente primordial el contraste entre la temporada lluviosa y la de secas, la primera llamada xopan y la segunda tonalco, en náhuatl; en segundo lugar, la temporada húmeda está compuesta por una serie de rituales que marcan momentos críticos en el crecimiento del maíz, rituales de elaborado simbolismo en el que participan el grupo de hombres que trabajan en las milpas, y las mujeres, cuando se realizan en las casas. Es el tiempo del trabajo arduo en el que, en el proceso mismo, se relatan los mitos y las creencias que forman parte de la cosmovisión mesoamericana; pero también en el trabajo se dan momentos en los que se narran historias ejemplares, o se hacen diversos juegos de palabras relacionados con la sexualidad. Es en estos espacios donde se recrea y transmite la cosmovisión, cuando los referentes vegetales están en contacto directo durante el proceso de trabajo.

En el trabajo agrícola se reproducen las nociones espacio-temporales; por una parte, en la milpa se establecen los referentes simbólicos espaciales a través de las secuencias rituales, por medio de las cuales se marcan las cua-